



## ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI  
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

---



Alberto Rougés



Francisco Romero

### CORRESPONDENCIA ALBERTO ROUGÉS Y FRANCISCO ROMERO<sup>1</sup>

*De Francisco Romero a Alberto Rougés*

---

<sup>1</sup> De: *Alberto Rougés, Correspondencia (1905-1945)*. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, Tucumán, Argentina.

Buenos Aires, 30 de Diciembre de [1925?]<sup>2</sup>

Sr. Dr. Alberto Rougés

Tucumán

Muy Sr. mío y estimado amigo:

Hace unos meses entregué al Dr. Korn unas páginas para *Valoraciones*. Acabo de corregir las segundas pruebas, pero como temo que la revista se demore todavía, no resisto a comunicar a usted de antemano mis dos escritos, aprovechando las primeras pruebas.

La nota sobre Barboza me obligó el Dr. Korn a escribirla casi contra mi voluntad. La tarea no (=era=) grata del todo, pero tuve que rendirme a la solicitud —casi imposición— de nuestro amigo. Muchos puntos quedan por aclarar. Meyerson admite en cierto modo la explicación casual, aunque critique de manera que me parece definitiva la idea de causa. Usted también acepta una al lado de la otra, las dos ciencias, la descriptiva y la explicativa. Leyendo ahora mi nota, me parece que alguien pudiera creer que interpreto mal a Meyerson. Pero, en realidad, yo no hago sino aprovechar sus resultados, sin admitir —por esta vez, por lo menos— todos sus puntos de vista. La verdad es que siempre se procede en esta forma trunca y suponiendo mil sobreentendidos. Por ejemplo, Meyerson mismo cifra al concepto de positivismo en el de ciencia descriptiva. Para mí, positivismo es, sobre todo, ausencia de sentido problemático. Así lo he confirmado estos días leyendo los primeros capítulos (=del «cours»=) de Comte. Este mundo comtiano es el de la paz intelectual, todo está resuelto. Se comienza por desconocer o prescindir del problema gnoseológico, y luego de las infinitas cuestiones de derecho que plantea la ciencia.

Este problema de la ciencia ha comenzado a apasionarme y proyecto dedicarme a él en lo posible. Como yo tengo alguna base matemática, no me será difícil completarla hasta comprender bien el mecanismo lógico de esta disciplina y los límites de la aplicación en la ciencia. Otra circunstancia (=inestimable=) para mí es la amistad de Rey Pastor, el gran matemático español, y de uno de sus discípulos; nos reunimos los tres casi todos los sábados y conversamos incansablemente sobre estos temas. La primera comprobación es que hay mucho que hacer, y que con esfuerzo constante y buena voluntad es posible conseguir algo interesante. Las ideas corrientes sobre las matemáticas son muy inadecuadas. Se cree que todo es tan límpido y claro como las operaciones elementales. Y es todo lo contrario. Empezando por la definición de (=Weys=): «la matemática es la ciencia del infinito». En la naturaleza no se nos aparecen (=fantasmas=): en la matemática sí; el irracional surge a cada paso, y lo que confunde es que hay que tomar en serio a este ente increíble y absurdo y tratarlo como a un ser normal y ordinario... ¡Y pensar que esta ciencia del infinito, llena de

---

<sup>2</sup> *Op.Cit.* Carta N° 47.

sorpresas y de cosas inconcebibles, cuyos desarrollos se llevan adelante de manera fatal, pero ciego, como un tren que avanza por un largo túnel, se considera por algunos como dechado de racionalidad.

Otras razones me determinan a mirar de cerca estas cuestiones. El conflicto entre el pensamiento lógico matemático y la realidad, lo siento intensamente. Me interesa mucho seguir las etapas de esta disidencia dramática, esencial en la historia del pensamiento, tan temprana, que ya Zenón, en sus paradojas famosas, se plantea uno de sus problemas, sin respuesta cabal hasta Bergson. Y ahora, con la novísima teoría de la forma ¿asistiremos quizá al ocaso del naturalismo matemático? La teoría de la forma apenas se diseña, apenas enuncia algunas afirmaciones concretas. Pero, en cambio, se puede colegir, desde hace veinte años, signos que la anticipan en cierto modo. Sea como fuere, me parece evidente que hay una metafísica del número en la ciencia actual, que puede formularse así: la esencia última en lo real consiste en puras unidades cuantitativas —números— desnudas de cualidad. Metafísica que ha reemplazado a la metafísica materialista de 1850 —y que será reemplazada pronto quién sabe por cuál otra.

Creo que mejoran aquí los tiempos para nuestros estudios. El Sr. Yasclevich, el primer argentino que ha cursado filosofía en Estados Unidos, es uno de los buenos elementos nuevos: había franqueado ya allá los primeros escalones de la docencia universitaria, y Alberini lo convenció de que se viniera. Esperamos que en seguida de llegar Alberini se funde la sociedad filosófica argentina proyectada desde atrás. Ya tuvimos —antes de él irse— la reunión preparatoria. No tuve necesidad yo de recordar el nombre de usted, porque antes de que lo hiciera lo recordó Alberini, lamentando no residiera en Buenos Aires para invitarlo a acompañarnos. Una de las ventajas que espero de la Sociedad es que cada uno se sentirá más responsable bajo la mirada de los demás, y vendrá un poco de especialización y de estudio a fondo de las cuestiones y de su planteo actual. Hay la intención de publicar una revista en cuanto se pueda.

Los amigos y *Nosotros* desean siempre colaboración de usted. Yo le digo constantemente al amigo Lizondo Borda se lo exprese.

Esta carta va un poco más deshilvanada de lo lícito. Discúlpeme el descuido. Le deseo haya pasado felizmente las fiestas y disfrute de prosperidad y serenidad de ánimo en el año que se inaugura.

Transmitirle estos votos es el objeto de esta carta.

*Francisco Romero*

*De Alberto Rougés a Francisco Romero*<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> *Op. Cit.* Carta N° 55.

Tucumán, Diciembre 9 de 1927

A Francisco Romero

Mi estimado amigo:

He postergado esta carta a la espera de su regreso de las maniobras de Mendoza. Sé que allí el hombre de acción ha sido digno del hombre de pensamiento y mucho me complazco por ello. Entre la acción y el pensamiento hay una vinculación mayor que la que, generalmente, creen los intelectuales, existe. El tino, la discreción, el coraje, la serenidad, no son extraños a la especulación pura. Le dan energía, eficacia, equilibrio. Evitan que su fruto se malogre, como acontece en el escepticismo, o que sea huero, como ocurre en el utopismo. Nada más absurdo que la renuncia del pensamiento a dirigir, que deja la acción a obscuras, abandonada al azar de las fuerzas inferiores. Y es por lo menos lastimoso el frecuente utopismo de los intelectuales, que hace sonreír a los hombres de acción y desacredita las teorías. No está lejos de la verdad Nietzsche cuando afirma que Sócrates, sin su muerte, habría sido sólo un sofista más en Atenas, pues entre aquella y el astuto razonador que desconcertaba a los discípulos de Protágoras, hay una gran diferencia. El «aprendizaje a morir» que fue para Sócrates la Filosofía, no es sólo un pensar, sino un actuar pensando. Y la sublime actitud del filósofo griego ante la muerte fue fruto, tanto como la meditación plenamente sazónada, del hombre de acción que había en aquél, que admiraron los soldados de Potidea. Pero la acción de Potidea, aunque heroica, fue sólo acción, al paso que la de la muerte, estuvo henchida de pensamiento, desbordante de luz deslumbradora.

Atraído por un tema predilecto de mis afanes especulativos, estoy tardando demasiado en agradecerle el ejemplar que me ha enviado, de la bella edición de *Characterología* y el número de *Síntesis* con su artículo «sobre el problema de los valores», estudios ambos sagaces, eruditos e informativos, como otros muchos de Ud. Frecuentemente vuelve a mi memoria el bello artículo de Ud. «Prezzolini, el informador». Es uno de mis visitantes más habituales y simpáticos. Me hace pensar en la importante obra de información de la filosofía germánica que Ud. ha realizado entre nosotros, que deberá mencionarse honrosamente cuando se haga la historia de nuestro pensamiento filosófico.

En el número de *Síntesis* de referencia, he leído un artículo sobre Meyerson y otro en *La Nación*. La obra de historiador y de crítico de las ciencias de éste, es considerable y bien merece la reputación que está adquiriendo. Pero su pensamiento filosófico es vacilante, conviven en él orientaciones incompatibles —realismo de la sensación, realismo de la inteligencia, legalismo ontológico, legalismo idealista, etc.—. Sin embargo, su obra, así como la de otros pensadores de la moderna crítica de las ciencias, ofrece amplia base para una filosofía. Ésta no puede ser el formalismo kantiano, con su agnosticismo y su (=ontologismo=). El objeto de esta última actitud de Kant fue satisfacer un interés de la razón teórica, evitar la «audacia especulativa». Para ello le habría bastado exigir la vinculación de las teorías y de la experiencia. Es lo que

un pensador de nuestros días ha querido significar al decir que una buena teoría debe poder ser refutada. No vio Kant que lo a priori no es inmutable, que es un proceso. Y ese proceso, juntamente con la intuición sensible, no se limita a darnos el objeto, sino que también lo transforma y, si es necesario, lo reemplaza con otro. La razón no es extraña a la naturaleza, como lo cree el empirismo; no está solamente en su forma, como lo creyó Kant, quiere intervenir e interviene también en su materia. Kant salvó la razón de Hume, pero no le insufló una vida vigorosa. La razón quiere más y se lo toma a pesar de Kant. Así ha hecho ella la ciencia. La obra de Meyerson, en mi sentir, lo ha hecho ver más que ninguna obra que yo conozca.

Mi mayor aprecio y simpatía.

*Alberto Rougés*